

Cincuenta Años de la «Escuela» del Hospital General de Madrid

Hace un año celebrábamos el cuadragésimo décimo aniversario de la primera parte y el cuadragésimo de la segunda de *Don Quijote de la Mancha*. Este año recordamos cuatrocientos años de la muerte del autor, en abril de 1616.

Nos reunimos alrededor de la obra. Y nos alberga un Hospital que fue fundado en 1587. Miguel de Cervantes, por aquellas fechas, ingresó en la Administración Pública al conseguir un puesto de Recaudador a Comisario de Abastos en Sevilla. Había publicado una novela —*La Galatea*— y una obra de teatro —*El Cerco de Numancia*—, ambas en 1585. Quince años antes había publicado una composición poética en las Exequias de la Reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II, organizadas por su maestro López de Hoyos

Cuando se repite la frase «los árboles no nos dejan ver el bosque», tal vez no se entiende su riguroso significado. Los árboles no dejan ver el bosque, y gracias a que es así, en efecto, el bosque existe. Solo cuando nos damos perfecta cuenta de que el paisaje visible —los árboles— está ocultando otros paisajes invisibles nos sentimos dentro del bosque. Algunas personas se niegan a reconocer la profundidad de algo porque exigen de lo profundo que se manifieste como superficial. No advierten que es esencial a lo profundo el ocultarse detrás de la superficie y vislumbrarse solo a través de ella, lo que exige esfuerzo.

Desconocer que cada cosa tiene su propia condición y no la que nosotros queremos exigirle es uno de los pecados más arraigados. Nada hay tan ilícito como empequeñecer el mundo por medio de nuestras manías y ceguerras: disminuir la realidad. Hay, pues, toda una parte de la realidad que se nos ofrece sin más esfuerzo que abrir ojos y oídos: el mundo de las puras impresiones, el mundo patente. Pero hay un trasmundo constituido por impresiones y que no es menos real que el anterior; la diferencia es que exige más de nosotros.

Y en torno a nosotros abre sus hondos flancos el bosque. En nuestras manos está un libro: *Don Quijote*, una selva ideal. Tenemos ante nosotros otro caso de profundidad: la de un libro, la de este libro máximo. *Don Quijote* es el libro bosque por excelencia. No busquen en él gramática ni ortografía. No es un libro al uso, es un coloquio, un diálogo permanente. No recoge, por tanto, un texto escrito en el sentido habitual de lo que el lenguaje escrito. No hablamos como escribimos. El habla, sobre todo en forma de diálogo, es espontánea; la escritura tiene reglas más estrictas. En *Don Quijote* oralidad y escritura se implican en un recíproco proceso de simbiosis, de mestizaje, que no es más que conversación que exige ingenio y discreción.

¿Habría un libro más profundo que esta humilde novela de aire burlesco? Y, sin embargo, ¿qué es el *Quijote*? ¿Sabemos bien lo que de la vida aspira a sugerirnos? Para los foráneos era el *Quijote* una divina curiosidad; no era, como para nosotros, el problema de su destino.

Siendo sinceros —escribe Ortega—, el *Quijote* es un equívoco. Todos los ditirambos de la elocuencia no han servido de nada. Todas las rebuscas eruditas en torno a la vida de Cervantes no han aclarado ni un rincón del colosal equívoco. ¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla? Lejos, sola en la abierta llanura manchega la larga figura de *Don Quijote* se encorva como un signo de interrogación. ¿De qué se burlaba aquel pobre alcablero —recaudados de alcabalas o impuestos indirectos— desde el fondo de una cárcel? ¿Y qué cosa es burlarse?

No existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación. Tal vez porque la interpretación común del personaje de *Don Quijote* le equipara a una persona apartada por la lectura de los libros de caballería, obsesiva y excluyente, en vez de considerar su locura como el único espacio en el que un lector de su época podía construirse una identidad original propia y ser el autor de su propio personaje.

Vamos, primero, a pensar un poco sobre lo que parece más externo del *Quijote*: los árboles. Se dice de él que es una novela; se añade, con razón, que es la primera novela en el orden del tiempo y del valor. No poca de las satisfacciones que halla en su lectura el lector contemporáneo proceden de lo que hay en el *Quijote* común con un género de obras literarias. Lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como puedan estarlo Gabriel García Márquez o Camilo José Cela.

Ahora, escarbando: el bosque. Héroe es quién quiere ser él mismo. La raíz de lo heroico hállase en un acto real de voluntad. Nada parecido a la épica. Por eso Don Quijote no es una figura épica, pero sí es un héroe. Aquiles hace la epopeya, el héroe la quiere. La voluntad es el tema trágico. La tragedia no se produce a ras de nuestro suelo; tenemos que elevarnos, alcanzar altura de miras. Si queremos buscar en lo existente algo parecido, hemos de levantar la mirada y posarla en las cimas más altas de la historia.

De querer ser a creer que se es ya, va la distancia de lo trágico a lo cómico. Es el paso entre lo sublime y lo cómico. Esto acontece con Don Quijote cuando, no contento con afirmar su voluntad de la aventura, se obstina en creerse aventurero. La novela es tragicomedia, y alcanza en el *Quijote* plena madurez.

Los españoles ofrecemos a la vida, en demasiadas ocasiones, un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente. Hay en derredor nuestro —escribe Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*— [Hay en derredor nuestro] desde hace siglos, un incesante y progresivo derrumbamiento de los valores. «Yo quisiera —escribe Ortega— [yo quisiera] proponer a los más jóvenes que yo, que expulsen de sus ánimos todo hábito de enemistad y aspiren fuertemente a que el amor vuelva a administrar el universo». Y continúa: «¿Es, por ventura, demasiado oneroso este imperativo de la comprensión?». Toda necesidad, si se la potencia, llega a convertirse en un nuevo ámbito de cultura: una cultura de concordia, de diálogo. Y diálogo es la revolucionaria novela cervantina: *Don Quijote*. Frente a lo problemático de la vida, la cultura —en la medida en que es viva y auténtica— representa el tesoro de los principios. Y para poder ser algo principio tiene que comenzar por no ser a su vez problema. Para cercenar la cultura no es necesario quemar libros, basta con dejar de leer.

El diálogo entre dos, entre el lector y el libro, cuatro o nueve personas, debería ser un proyecto de valoración de sí mismo y en consecuencia con el afán de construir, mediante un consenso en constante renovación, un espacio educativo libre y dinámico, siendo la obra de Cervantes una de las más fascinantes ilustraciones literarias de esta problemática. Diálogo, convencimiento, con sentido.

La palabra no tiene dueño, el auténtico propietario, que es quien la crea, quien la escribe, se desprende de ella lo antes posible para que alcance a quien la lee, ese otro dueño desconocido y repetido que la hace suya, si estamos de acuerdo en que leer es un acto casi tan creativo como escribir, ya que la palabra resuena en quien la lee y la ficción se reconstruye, se reescribe en cada lector y en cada lectura.

Lo anterior puede respaldarse con el texto elegido por Gabriel Janer, coordinador de *El Quijote y la Educación*, en la Presentación de este número extraordinario —núm. extraordinario, 2004— de la *Revista de Educación*, editada por el Ministerio de Educación: «Un texto literario —y el Quijote puede servirnos de ejemplo— conlleva un potencial de significaciones que podemos considerar virtuales, sólo capaces de hacerse realidad o evidenciarse en la imaginación del lector». Y continúa: «La capacidad de toda obra literaria de promover o suscitar múltiples lecturas es lo que caracteriza un "clásico". La obra clásica es aquella que puede ser leída de forma diversa tanto en el espacio como en el tiempo. Cada nueva generación, cada escuela, cada geografía, en última instancia cada lector, podrá leer de forma nueva aquel texto y encontrar algunas respuestas a las preguntas fundamentales que plantea su tiempo [...] Don Quijote vuelve a cabalgar cada vez que un lector empieza a leer por primera o por enésima vez la historia [...] Todo ello traza nuestra lectura de hoy, sometida a los avatares sociológicos e históricos de nuestro tiempo, a nuestras lecturas anteriores, a nuestra manera de entender el mundo. Pero eso es, justamente, aquello que debemos pedir al Quijote en todo momento histórico: que nos permita hacer una lectura de nuestro tiempo, a partir de todos los tiempos que llevamos a cuestas. Sólo así el caballero de la Triste Figura nos estará hablando de nosotros mismos y Cervantes será nuestro contemporáneo».

Por ello, *Don Quijote* puede significar dos cosas muy distintas: *Don Quijote* es un libro y Don Quijote es un personaje de ese libro. Generalmente, lo que en bueno o mal sentido se entiende por «quijotismo», es el quijotismo del personaje: ser Quijote o no ser Quijote. ¿Recuerdan el «*ser o no ser, esa es la cuestión*» del monólogo de Hamlet? Luego volveré sobre ello.

Conviene que, haciendo un esfuerzo, distraigamos la vista de Don Quijote personaje, y, vertiéndola sobre el resto de la obra, ganemos en su vasta superficie una noción más amplia y clara del estilo cervantino, de quién es el hidalgo manchego solo una condensación particular. Para Ortega, éste es el verdadero quijotismo: el de Cervantes, no el de Don Quijote personaje.

Los secretos de la Naturaleza se arrancan de manera violenta; después de orientarse en la complejidad del mundo, el científico se dirige recto al problema, como un cazador. Para Platón, lo mismo que para Tomás de Aquino, el hombre científico es un hombre que va de caza: poseyendo el arma —el «método científico»— y la voluntad, la pieza es segura. Pero el secreto de una obra genial —nadie duda que *Don Quijote* lo es— no se entrega de este modo a la invasión intelectual. Se resiste a ser tomado por la fuerza y solo se entrega a quién quiere. Necesita, como la verdad científica, que le dediquemos una esforzada atención, pero sin que vayamos sobre él rectos como el cazador; aquí no hay método. No se rinde al arma; se rinde, si acaso, al culto meditativo. Una obra del rango de *Don Quijote* tiene que ser tomada como Jericó, aquella ciudad cananea edificada hace más de diez mil años a orillas del río Jordán, donde según la tradición judeo-cristiana los israelitas retornaron de la esclavitud en Egipto tras años de todo tipo de peripecias.

El Quijote es uno de los libros más interpretados y también más reverenciados de la literatura universal. Unas veces, ha sido considerado como un relato de la historia de España o un símbolo nacional. Otras, como un depósito de sabiduría sobre las más diversas materias, y sus personajes, como arquetipos de determinados principios psicológicos, ideológicos o morales. También se han querido destacar los contenidos educativos de esta novela, pero a este fin habría que realizar una lectura de *Don Quijote* libre de preceptos morales, atribuciones simbólicas o reglas académicas: una lectura que recupere las posibilidades educativas de la misma narración novelesca. Es, desde luego, una necesidad que Cervantes y su obra dejen de ser leídos con reverencia. Pero una lectura capaz de aunar la reflexión y el ensueño, la filosofía y la poesía, como senda firme hacia la libertad. Es el camino quebrado elegido por el Caballero de la Mancha entre la cordura y la locura, ambas espejos de la realidad.

Al estudiar las referencias a la educación y a la alfabetización que aparecen en *Don Quijote*, nos encontramos de entrada —comenta María Luisa Quetgles en el capítulo «La Educación en el Quijote» en el número extraordinario de la *Revista* antes citada dedicada a «El Quijote y la Educación»— con la contraposición entre el analfabeto y el lector ávido: si bien aquellos muestran frecuentemente su interés por los contenidos de la escritura, a la que acceden a través de intermediarios que leen libros en voz alta o escriben cartas de encargo, éste ha perdido contacto con la realidad a causa de tanta lectura de ficción. En un segundo plano, no obstante, se manifiesta la oposición entre estudiantes, bachilleres y licenciados, víctimas muy a menudo de las «artes» enseñadas en instituciones que mantienen encerradas las mentes, y aquél que *por sí mismo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada*. Tal cumbre, para Don Quijote, ciertamente no es la Teología, disciplina que corona el sistema escolástico medieval, sino la Poesía, fruto del talento y del esfuerzo personal.

En la segunda parte del capítulo XVI de la segunda parte de *Don Quijote*, —se refiere más adelante M.^a L. Quetgles Roca— toca Cervantes el tema de la educación desde una óptica muy tolerante y meditada que sale en boca de Don Quijote, en uno de sus momentos de lucidez mental. En este discurso salen temas tan importantes como el amor y la aceptación de los hijos, tal y como son; la definición y defensa de la poesía con su influencia en la educación y formación del hombre; el esfuerzo del hombre ante la vida; la crítica de la burguesía acomodada y ociosa o la defensa de las virtudes caballerescas: justicia, honor o imparcialidad. Con todo esto, Cervantes consigue destacar la dignidad, cordura y sensatez de su «héroe».

Este discurso se desarrolla gracias al diálogo que mantienen Don Quijote y el «Caballero del Verde Gabán», que en realidad se llama don Diego de Miranda. Se trata del encuentro de dos caballeros que en principio tienen un gran respeto mutuo, aunque sus vidas no pueden ser más distintas: la vida de don Diego

es sosegada y tranquila, todo lo contrario de la de Don Quijote, que busca en todo momento la aventura renunciando a la vida regalada que había tenido hasta entonces. Esto se puede traducir en un enfrentamiento entre lo tradicional y lo establecido frente a lo progresista, lo renovador, la amplitud de miras y la búsqueda de nuevos horizontes.

Por tal razón don Diego de Miranda no puede aceptar que su hijo de 18 años no estudie lo que a él le gustaría. Don Diego se empeña en imponer su propia voluntad, porque resulta que su hijo quiere ser poeta, y el padre quiere que estudie teología. Don Quijote se siente más cerca de la actitud del hijo que la del padre, ya que es una actitud que implica inquietud, búsqueda o reflexión, y se siente capaz —él que no tiene hijos— de dar consejos de educación al Caballero del Verde Gabán: es necesario que los padres respeten las decisiones de sus hijos, cuanto más cuando deciden dedicarse a la poesía, que según don Quijote es la madre de las ciencias. Estos consejos, aparte de ser válidos para la más moderna y actual educación, son universales, pues no pierden su sentido a pesar del paso del tiempo. No obstante, a don Diego le cuesta creer que la poesía también sea una ciencia, y lo más importante, que sea una ciencia de provecho económico y prestigio social.

Como conclusión principal de todo el discurso de Don Quijote, él mismo dice a don Diego de Miranda: «Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje de caminar a su hijo por donde su estrella le llama; que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las esencias [¿ciencias?], que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos o como las garnachas a los perritos jurisconsultos».

Si *Don Quijote* libro no es un buen «libro de texto», libro y personajes —imposible no tener presente a Sancho; sin él no hay diálogo. Y no olvidar que los personajes iletrados de *Don Quijote* entran en contacto con las instituciones docentes y las disciplinas académicas de su tiempo, siempre con la participación de un intermediario capacitado para leer y escribir. Sin sus personajes, *Don Quijote* libro se esfuma— [libro y personajes] son referentes universales de Vida —con mayúscula. En cualquier caso una obra que ha venido siendo considerada como lectura canónica desde hace mucho tiempo. Sin duda la lectura del Quijote desempeñó un papel central en las escuelas primarias españolas, desde la época de constitución del sistema educativo español, a comienzos del siglo XIX. ¿Y ahora? Los clásicos seguirían siendo clásicos, pero ya no están presentes cada día en las aulas.

Tres virtudes para la «vida buena» que no es lo mismo que la «buena vida» —el orden de los factores sí altera el producto—:

- coraje** —DILE: «impetuosa decisión y esfuerzo del ánimo, valor»— coraje para vivir,
- generosidad** —DILE: «valor y esfuerzo en las empresas arduas»— generosidad para convivir, el generoso obra con magnanimidad y nobleza de ánimo, y
- prudencia** —DILE: «templanza, cautela, moderación»— prudencia para sobrevivir; el prudente actúa con moderación y cautela, que exige, también, **valor**.
- valor** —DILE: «8. Cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y arrostrar los peligros.»

La otra palabra es el ábrete sésamo de todas las puertas. Con la palabra mágica en sus corazones todas las cosas son posibles, y sin ella, todo estudio es vanidad. Los milagros de la vida están en ella. Al joven le proporciona esperanza, al de mediana edad confianza y al anciano sosiego. Palabra que no solo ha sido piedra de toque del progreso, sino la medida del éxito en la vida cotidiana. A nadie más que a ella le debo estar aquí; pues el que se dirige a ustedes tiene este honor como consecuencia directa de haberla asumido como propia cuando era como ustedes. Y la consigna, la palabra clave sobre la que estoy dando vueltas es **trabajo**.

Valor y trabajo, con coraje, generosidad y prudencia, buscan la diferencia, que es rechazar la imagen de un mundo que es irremediamente lo que es. El mundo no solo es lo que es, sino también lo que puede ser porque queremos que sea. Valor y trabajo asumen el riesgo y el riesgo puede conducir al error; pero el

error es intrínseco al aprendizaje. El indiferente, el que no arriesga y por tanto no está dispuesto a asumir que puede equivocarse, es cosa entre las cosas; asume que de ellas nada puede esperarse porque todas dan lo mismo. Todo lo opuesto al valor; aquel que acompaña los últimos momentos de *Macbeth* —rey de Escocia que da nombre a la tragedia homónima—, [Macbeth] que es la intrépida decisión; el riesgo de luchar por no dejarse atrapar en el congelado y repetitivo infierno de lo por siempre igual; una tarea heroica.

El héroe no obra por deber sino porque quiere y puede comprometerse con unas convicciones no siempre generalizables, porque la generalización es el distintivo del monótono deber. Compromiso sean cuales sean los costes que el mismo tendrá que pagar por ello. El mestizaje de conocimiento y esperanza es, junto con el valor y trabajo, otro signo fundamental del comportamiento heroico.

El apostar por la aventura, por una causa que vale por sí misma al margen de sus riesgos supone dos cosas: conocimiento de lo que uno, el yo individual e irrepetible quiere hacer, y confianza en sí mismo. Del conocimiento y de la autoconfianza, del serse, nacen la fuerza, la seguridad y la estima en uno mismo que se materializan en otra virtud: la magnanimidad, la grandeza de espíritu, y el espíritu de aventura

Al coraje, generosidad, prudencia, valor y trabajo —¿recuerdan?, solo unas líneas más arriba—, recuperemos *aventura*, por su importancia para la realización personal de cada individuo —recalcan Miguel J. Pérez y Julia Enciso en su capítulo «Don Quijote, enseñar para la aventura: el diálogo, fundamento de la educación», en la *Revista* referida. El que se aventura elige y se arriesga, porque siente vivo el deseo de *curiosidad* —otra palabra para nuestro corpus— por todo lo que va apareciendo ante él, como le pasa a Don Quijote y a los niños y jóvenes, y, por tanto, aprende a ser crítico, a dudar, a errar como antes dije: errar es humano.

En versos de Vicente Aleixandre:

«Así niños y hombres pasan.
El hombre duda. El viejo sabe.
Sólo el niño conoce.»

Y añadamos la *imaginación* como fuente de conocimiento. En resumidas cuentas, se trata de poner al niño, al joven o, mejor dicho, de hacer que se ponga él mismo ayudado por nosotros solo ante el riesgo, pero siguiendo sus pasos, como hacía Sancho con Don Quijote, *dialogando con él en el camino de la aventura*, esa hermosa aventura de la enseñanza y el aprendizaje, y ayudándole a tomar una decisión en la encrucijada de esos caminos que llevan a la misma aventura de ser hombre, como «Alonso Quijano el Bueno».

Pensemos que Don Quijote y Sancho alcanzan, juntos definitivamente, la sabiduría, cuyo principio es, indudablemente, el cultivo del deseo, la inquietud, la curiosidad, el asombro: sí, el deseo de conocer lo desconocido, el deseo de adentrarse en un camino cuyo final no se conoce y encauzar el pensamiento hacia ese final, pero anteponiendo el querer ser más al querer tener más; si escogemos lo segundo el final acabará siendo también de una u otra manera y tarde o temprano «un mar de espinas».

Porque lo que importa es andar el camino con la ilusión de cada día buscando en cada paso la susodicha realización personal —el «Caminante, no hay camino;/se hace camino al andar», de Antonio Machado—, el camino que a cada uno nos toca hacer y adentrarnos en él con una gran fe en nosotros mismos y una gran imaginación que nos encandile y nos guíe hasta encontrar nuestro destino. Como Don Quijote, y como Sancho, en definitiva.

La base de la educación, compañera de la sabiduría, se asienta asimismo en esos principios y se consolida al fomentar aquella capacidad de observación; pues el que observa es el que detiene su mirada y contempla el espectáculo del mundo; el que se asombra, pregunta, indaga y es capaz de imaginar. Amplíen, sin dudar su vocabulario, que es su vivencia.

Todas estas características conforman la complejidad del personaje creado por Cervantes. De repente Alonso Quijano, empapado de todas aquellas lecturas de libros y libros de caballerías, vino a «perder el

juicio», despertándose en él el deseo de cambiar la vida tediosa que llevaba en su aldea. Entonces, lleno su espíritu y su corazón de todas aquellas fantasías caballerescas, decide cambiar su destino: su vida se vuelve dinámica y comienza la acción, la aventura. Y en esa aventura le va a acompañar también, siempre, su fiel escudero Sancho. En efecto, Don Quijote a lo largo de toda su vida, y ya desde que sale de su aldea, desde su propia existencia como Don Quijote, va en busca de su destino sin importarle a donde le lleve el camino; y siempre con la ilusión de poner en práctica los anhelos que han ido modelando su espíritu a través de la lectura de aquellos libros cuyas aventuras creía reales y realizables. Así le dice, con una mirada retrospectiva y llena de inmensa satisfacción y sano orgullo, al Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda: Soy caballero destos que dicen las gentes que a sus aventuras van «A sus aventuras van». Su caminar por la vida es una constante aventura. Don Quijote sabe muy bien lo que quiere, tiene una absoluta seguridad en sí mismo y una fe inquebrantable en sus actos.

A partir de este autoconocimiento solemne, Don Quijote, que se crea a sí mismo, se afirma también a sí mismo como el hombre que es, símbolo y representante, por tanto, de todo lo que ser persona, ser ciudadano, hombre lleva consigo; el serse antes citado.

Pero la realidad es demasiado sórdida y el hombre necesita, de vez en cuando, levantar los pies de la tierra para buscar un camino, aunque menos seguro, más sugerente y atractivo, más poético, más lleno de ilusión y de ventura, donde la ficción y la realidad se den cita para conseguir que sea posible llevar a cabo la misión que nos proponemos. Don Quijote lo sabe muy bien. Y el caballero se niega a admitir no puede admitir ese mundo.

Para conseguir aquella amplitud de horizontes, y preparar al hombre para ello ya desde niño, debemos «iniciarlo en el infinito placer de leer», como dice Lázaro Carreter. Ese placer que hizo que Don Quijote «pasara las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio». Todo para plantear el inconformismo de Miguel de Cervantes y su actitud crítica con la sociedad de su tiempo, para lo que puso de manifiesto sus ideales utópicos que proyectó en Don Quijote.

Arriesguémonos a ensanchar nuestros corazones y nuestras mentes a la tolerancia; mejor aún, al respeto y a la voluntad de cooperación, de entenderse; a potenciar el rechazo a la fascinación tradicional hacia todo poder que no se base en una autoridad moral diariamente contrastada. Porque lo cierto es que, a veces, parece que nos avergonzamos de la imaginación creadora, de la conciencia de libertad.

Cité hace un momento a Shakespeare a través de Macbeth. El bardo —el poeta— o el neurólogo de Avon —, así se conoce a Shakesperae, murió un mes después de Cervantes, en mayo de 1616. La cumbre de la literatura anglosajona y la cumbre de la literatura universal.

Acérquense. Sueñen. Luchen y hagan de sus vidas algo maravilloso. Pongan atención, repitan conmigo y procuren imprimir en la memoria estos pocos preceptos que, entre otros, Laertes dio a su hijo Polonio antes de su marcha; Shakespeare lo escribió en *Hamlet*:

- Seamos consecuentes con nuestros pensamientos y responsables de ellos, y no hagamos nada inconveniente. Hagamos del compromiso virtud.
- Los amigos que escojamos sujetémoslos a nuestros corazones con garfios de acero. Hagamos de la amistad virtud.
- Oigamos las censuras de los demás, pero reservemos nuestro juicio. Hagamos del diálogo virtud.
- Seamos sencillos, pero no vulgares. Hagamos del serse, de la confianza en uno mismo, virtud.
- Tengamos noble y digna ambición; pero no envidiemos, pues el éxito del amigo nos engrandece. Hagamos del respeto y de la tolerancia virtud.
- Y sobre todo seamos sinceros con nosotros mismos, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no podamos ser falsos con nadie.

GRACIAS.
PAZ y BIEN.